

Jordi Jordana

El equilibrio del miedo
(Índice de impacto II)



Jordi Jordana

EL EQUILIBRIO DEL MIEDO
(ÍNDICE DE IMPACTO II)

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Publicacions
Bellaterra, 2013

DADES CATALOGRÀFIQUES RECOMANADES PEL SERVEI DE BIBLIOTEQUES
DE LA UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

Jordana i Vidal, Jordi

El equilibrio del miedo (Índice de impacto II) / Jordi Jordana Vidal. — Bellaterra : Universitat Autònoma de Barcelona. Servei de Publicacions, 2013. — (Gabriel Ferrater ; 69)

ISBN 9788449038945

I. Col·lecció
821.134.2-31”21”

Codi IBIC: FA

©dels textos, Jordi Jordana

©d'aquesta edició, Servei de Publicacions de la UAB

Edició i impressió:

Universitat Autònoma de Barcelona

Servei de Publicacions

08193 Bellaterra (Cerdanyola del Vallès). Spain

Tel. 93 581 10 22

Fax 93 581 32 39

sp@uab.cat

<http://publicacions.uab.cat/>

ISBN 978-84-490-3894-5

Dipòsit legal: B-18.160-2013

Imprès a Espanya. Printed in Spain

La reproducció total o parcial d'aquesta obra per qualsevol procediment, compresos la reprografia, el tractament informàtic i la distribució d'exemplars mitjançant lloguer, és rigorosament prohibida sense l'autorització escrita dels titulars del *copyright*, i estarà sotmesa a les sancions establertes a la Llei.

Índice

<i>Sinopsis</i>	15
<i>Personajes</i>	17
<i>Prólogo</i>	21
1	25
2	43
3	73
4	105
5	131
6	151
7	167
8	199
9	235
10	277
11	305
12	329
13	351
14	369
15	403
16	425
17	445
<i>Epílogo</i>	471

SINOPSIS

Han pasado los años y un viejo conocido del doctor Roger Tolls ha vuelto del infierno para vengarse.

El caso Paris Plages, del psicópata asesino de los muelles del Sena y el cementerio del Père Lachaise, asignado al inspector Eric Tolsau de la Policía Judicial francesa, no está cerrado. Sin embargo, pasan los años de forma infructuosa y el viejo inspector se jubila. El asunto se olvida.

Roger Tolls se embarca en el buque oceanográfico *Hespérides* en su expedición a la Antártida para efectuar ciertas investigaciones en el corazón de la misma: a cuatro mil metros de profundidad sobre la superficie ignota del lago Vostok. Un año después, en las instalaciones de la Facultad de Ciencias Evolutivas de la Universidad Autónoma de Barcelona, yace, bajo el máximo secreto, un reciente descubrimiento realizado por el equipo de Tolls que puede llegar a cambiar el equilibrio y el orden mundial, tanto político como económico.

A partir de ese momento los acontecimientos se precipitan de forma vertiginosa en la vida del doctor Tolls. Nadie reconoce en sus actos al Tolls de toda la vida. Al honesto y eminente científico molecular de otros tiempos, al respetado profesor y esforzado padre de familia. Ni siquiera Yaiza Cabrera, su actual pareja y madre de su hijo.

Solo Tolls sabe la verdad. Aunque el equilibrio del miedo que se ha creado en su entorno le impide poderla contar.

PERSONAJES

PRINCIPALES

Roger Tolls (1964, 48 años). Profesor del Departamento de Evolución Animal de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Joan F. Martin (1961, 51 años). Alias Joan Fernández, Juan Martin. Amigo y colega de juventud de Roger Tolls. Profesor de la Universidad Félix Manchón (Lima, Perú). Actualmente en orden de busca y captura internacional por los hechos de los muelles del Sena y el cementerio del Père Lachaise (París), de julio de 2008.

Eric Tolsau (1946, 66 años). Inspector de la Prefectura de París. Capitán de la Policía Judicial francesa, máximo responsable del caso Paris Plages.

SECUNDARIOS PRINCIPALES

Cecilia Hidalgo (1968, 44 años). Esposa de Juan Martin. Profesora de la Universidad Félix Manchón.

Yaiza Cabrera (1979, 33 años). Pareja actual de Roger Tolls y madre de su hijo Arnau. Investigadora del mismo Departamento de la UAB.

Maurice Vernet (1978, 34 años). Teniente de la Policía Judicial francesa. Compañero de Eric Tolsau en el caso Paris Plages.

Nota: Entre paréntesis, fecha de nacimiento y muerte y edad en 2012.

Georges Godard (1919, 93 años). Militar francés retirado. En sus tiempos de Argelia fue integrante de la organización terrorista OAS. Íntimo amigo de Auguste, padre del inspector Eric Tolsau.

Claudette Terrier (1966, 46 años). Exesposa de Roger Tolls y madre de su hija Júlia. Actualmente vive en Barcelona con Ricard y Júlia.

Edson Costa Morais (1977, 35 años). Abogado brasileño contratado por Joan F. Martin para que vele por sus negocios.

Elena Graupera (1977, 35 años). Profesora de microbiología en la Facultad de Farmacia de la Universidad de Barcelona. Integrante de la expedición Malaspina 2010.

Júlia Tolls Terrier (1993, 19 años). Hija de Roger Tolls y Claudette Terrier.

SECUNDARIOS NO PRINCIPALES

Juan Sebastián Hidalgo (1935, 77 años). Padre de Cecilia Hidalgo. Exsenador y rico hacendado peruano, capitoste de la hacienda Colita en el valle del Rímac.

Slavko Pantelic (1970, 41 años). Mafioso serbio. Uno de los veinte integrantes fundadores de los llamados Tigres de Arkan, de Zeljko Raznatovic. Durante años, integrante del clan Zemun. Posteriormente creó la agencia de seguridad Service Team Security Solutions (STSS).

Svetlana Vasilevna (la Rusa) (1982, 30 años). Integrante de la agencia STSS de Slavko Pantelic.

Marc Torres (1962, 50 años). Profesor del Departamento de Evolución Animal de la Universidad Autónoma de Barcelona y amigo de Roger Tolls.

OTROS CON CIERTA RELEVANCIA

Auguste Tolsau (1915–1981). Padre de Eric Tolsau. Militar de carrera en el Ejército de Tierra francés.

Familia Huertas (Francisco, Aquilina y Yeni) (41, 36 y 14 años en 2008). Pobre familia de concheros en Puerto Pizarro (Perú), en la desembocadura del río Tumbes.

Antonio y Anselmo (≈ 25 años en 2008). Sicarios enviados por Cecilia Hidalgo para que eliminaran a su esposo.

Ricard (1960, 52 años). Actual pareja de Claudette Terrier, la ex de Roger Tolls.

Maria (1917, 94 años). Madre de Roger Tolls. De avanzada edad pero de mente muy lúcida. Vive todo el año en Alp (Cerdanya).

José Miguel Acevedo Castillejos y César Durango (52 y 52 años). Comandante militar del buque oceanográfico *Hespérides* y jefe científico de la expedición Malaspina 2010, respectivamente.

Jordi Ruiz (1978, 34 años). Investigador del IRG, instituto de investigaciones genómicas de la Autónoma. Compañero de estudios universitarios de Elena Graupera.

José Carlos Pinto Leiva (1985, 27 años). Becario brasileño de estancia doctoral en Barcelona bajo la dirección de Yaiza Cabrera.

Luc Petit (1946, 66 años). Investigador del INRA de Jouy-en-Josas, cerca de París.

Masbernat (1965, 47 años). Comisario de policía del cuerpo de los Mossos d'Esquadra, en el distrito barcelonés de Les Corts.

Vladimir Luchenko (aprox. 45 años). Investigador ruso. Jefe de la expedición antártica 2010–2011 en la base polar Vostok.

Josep (1988, 24 años). Novio de Júlia Tolls.

Charles G. Stevens (1951, 61 años). Vicepresidente ejecutivo del International Petroleum and Gas Consortium, con sede en Nueva York.

Hadj Brahim (1943–2006) **y sus hijos Mohamed y Moufdi** (45 y 33 años). Nativos argelinos de la tribu de los mozabitas, en el valle del M'zab.

Annetta Brown (1970, 42 años). Camarera de habitación del hotel Park Central de Nueva York.

PRÓLOGO

París, Francia. Julio de 2008

Los hechos acaecidos en París aquel verano de 2008, en los muelles del Sena y el cementerio del Père Lachaise, fueron noticia durante unos días en los medios de comunicación de toda Francia, e internacionales.

El asesinato a sangre fría de tres policías de la Prefectura de París y el de una científica molecular del INRA¹ de Jouy-en-Josas, así como los frustrados intentos de otros dos investigadores por parte de un loco psicópata, dieron para llenar un buen montón de páginas en aquellos calurosos días de mediados de julio.

Tal vez fuera por la falta de noticias relevantes que se suele producir durante la época de estío, pero entre el período, a principios de mes, de la liberación de la política franco-colombiana Ingrid Betancourt por las fuerzas armadas colombianas, en la llamada operación Jaque, y la detención en Belgrado, hacia finales del mismo mes, del expresidente de la República Serbia de Bosnia, Radovan Karadzic, la historia del científico psicópata que se cargaba colegas por medio mundo se repitió hasta la saciedad durante esos días.

El elemento en cuestión era un tal Joan F. Martin, Juan Martin o Joan Fernández, cualquiera de los tres alias era válido, pues así se hizo llamar —entre otros posibles seudónimos— de forma conocida y constatada en algún que otro momento de su paranoica existencia. Los arti-

1 Institut National de la Recherche Agronomique (instituto nacional francés de investigaciones agrarias).

culistas de los medios escritos y alguna que otra tertulia radiofónica se explayaron sin recato, de forma más o menos acertada y más o menos contrastada, sobre ese genetista español, director del Departamento de Conservación de Fauna Andina y Silvestre de la universidad privada limeña Félix Manchón, que entre otras cosas había dejado en completa evidencia a las fuerzas de seguridad francesas.

Joan F. Martin había asesinado sin piedad a cuatro personas en París en las últimas semanas —narraban los rotativos—, amén de otras tres posibles víctimas acaecidas en años anteriores. Según las declaraciones realizadas en rueda de prensa por la Prefectura de París algunos días después de los hechos del Père Lachaise, Joan F. Martin podría estar involucrado de forma muy directa en las muertes de otros tres científicos, ocurridas entre los años 2005 y 2007 en Egipto, Japón e Italia. Sin embargo, y según el prefecto de policía, esto no dejaba de ser por el momento pura especulación, hasta que las investigaciones pertinentes no corroboraran o refutaran dichos indicios.

Algunos medios de comunicación, en sus artículos o debates radiofónicos de opinión, se permitieron el lujo de poner en tela de juicio los valores primarios de la sociedad occidental. Según las informaciones recopiladas por los articulistas, parecería ser que el desencadenante que originó toda esa paranoia persecutoria y vengativa, en un otrora esforzado, anhelante e incipiente investigador como era el doctor Joan Fernández, fue la alteración fraudulenta de unos resultados enviados a publicar a una revista científica de elevado impacto. El descubrimiento del engaño por parte de sus mismos colegas comportó, en primera instancia, su fulminante baja como firmante de dicho artículo y posteriormente su expulsión, pactada y sin estridencias, del INRA, donde realizaba su postdoctorado, y de la UAB,² donde estaba contratado como profesor ayudante interino, con fundadas expectativas de poder lograr en poco tiempo una plaza de profesor titular de universidad.

«¿Puede el ego científico transmutar tanto a una persona como para llegar a convertirla en un psicópata asesino?», se preguntaba el editorial de un periódico. «Y el hecho que nos ocupa, puntual por su magnitud, pero muy frecuente a menor escala», seguía el mismo editorial, «¿no es

2 Universidad Autónoma de Barcelona.

el reflejo de un problema de base, de falta de valores, en la investigación científica mundial? Nuestra sociedad occidental, tan culta, competitiva y depredadora, ¿no está impulsando y alentando a nuestros científicos hasta convertirlos en potenciales delincuentes con tal de llegar a alcanzar el éxito por cualquier medio y el reconocimiento vanidoso de nuestra sociedad? Algo falla», terminaba a modo de sentencia el editorial. «Honestamente, debemos reconocer que no lo hemos hecho bien. Y ahí está Joan F. Martin para recordárnoslo. Sin embargo», concluía en una apostilla, y no sin cierta ironía el editorial del periódico, «como ciudadanos temerosos de Dios y que contribuimos con nuestros impuestos al bienquerido estado francés de bienestar, no debemos olvidar que un asesino en serie anda suelto, ni tampoco pedir y exigir las pertinentes responsabilidades a nuestras queridas fuerzas de seguridad, que han quedado totalmente en entredicho. Este ha sido un duro golpe para el orgullo y la *grandeur* de nuestro país».

A pesar del impresionante despliegue policial que se estableció por toda Francia en cuestión de horas, Joan F. Martin consiguió burlar todos los controles y pasar a Suiza, y en vuelo regular llegar hasta la ciudad de Guayaquil, en Ecuador. A principios de agosto contactó desde un teléfono público con Cecilia Hidalgo, su joven esposa, para formularle una desesperada llamada de auxilio.

Cecilia Hidalgo, hija de un rico hacendado del valle del Rímac y profesora asimismo de la Universidad Félix Manchón, tenía pleno conocimiento desde hacía ya tiempo de las secretas e ilícitas actividades de su «amado» esposo. No en vano, sus dos «perros sabuesos», que le siguieron el rastro durante el último año, le hicieron llegar de forma puntual y precisa las informaciones requeridas. Reflexionó que, aunque se demostrara que ella no estuvo nunca implicada en los turbios asuntos de su marido, sin lugar a dudas el escándalo la acabaría salpicando, y esto podría llevar al traste sus aspiraciones profesionales. Si su querido marido desapareciera, todos sus problemas se solucionarían de golpe. Se quitaría de encima un cabrón hijo de puta que nunca la había amado y mucho menos respetado si no fuera por su dinero; y conseguiría, por otra parte, salirse de su sombra científica con evidentes opciones a ser la

nueva directora del Departamento; lógicamente, contando siempre con la inestimable e incondicional ayuda de su padre.

Las morbosas informaciones aparecidas en la prensa en esos días de finales de julio acabaron por decidirla. Si al insensato e imbécil de su marido se le pasara por la cabeza intentar contactar con ella, tendría que eliminarlo.

Cuatro días después de recibir esa llamada a su móvil, desde una cabina pública de Guayaquil, en la hacienda Colita y sentada tranquilamente en un banco debajo de los limoneros y junto al pozo, le dieron la noticia que esperaba. Sus dos sicarios, enviados a la ciudad de Tumbes —norte de Perú— para recoger a su marido, le comunicaron que sus órdenes se habían ejecutado satisfactoriamente: que todo pareció un accidente y que echaron su cuerpo al río Tumbes.

1

París, Francia. Finales de julio de 2008

El inspector Eric Tolsau, oficial de la Policía Judicial de la Prefectura de París, estuvo presente en la rueda de prensa que el prefecto policial realizó ante los medios de comunicación con relación al caso de Joan F. Martin.

No era esta la primera vez que asistía a un encuentro con periodistas. Incluso en un par de ocasiones él mismo había tenido que dar la cara y actuar como portavoz, pero pocas veces en su vida, por no decir nunca, había asistido a una rueda de prensa tan crispada como aquella. La sensación de ridículo dada ante el mundo, con el gran despliegue policial efectuado a la caza de un hombre y los nefastos resultados obtenidos, parecía haber herido en lo más profundo el orgullo patrio. Los periodistas acorralaron al pobre prefecto de tal manera que, en más de una ocasión, las gotas de sudor al caer de su oronda calva le mancharon las notas que llevaba. Pierre Dubois, prefecto de policía de París desde hacía tan solo un año, se quedó totalmente en blanco ante una capciosa pregunta del periodista de *Libération*. Ante tal infortunio, resuelto en parte y rápidamente por el moderador y a la vez jefe del departamento de comunicación institucional de Dubois, se dio por finalizada bruscamente la reunión. Este mismo, al retirarse de la sala y pasar por delante de donde estaban sentados el inspector Eric Tolsau y su comisario jefe, se agachó levemente y en un rápido susurro le dijo al oído a Tolsau:

—Preséntese mañana a primera hora en el despacho del prefecto. Sin falta.

Al día siguiente, el inspector Tolsau, después de tomarse un *café-noisette* en un bar cercano a la plaza Lépine, se encaminó hacia la Prefectura y subió, tal como le habían ordenado, hasta el despacho del prefecto. Entró en la antesala y saludó con un buenos días general a los allí presentes mientras se dirigía con paso decidido hacia la mesa de la secretaria. El inspector se identificó al tiempo que le informaba del motivo de su visita.

—Buenos días, inspector Tolsau. Pase, le están esperando.

Eric Tolsau asintió con un ligero movimiento de cabeza y una tenue sonrisa. Dio un par de educados golpes con los nudillos y de forma sincrónica giró el pomo de la puerta. Al traspasar el umbral, y después de un buenos días de rigor, se quedó plantado allí mismo.

—Cierre la puerta y siéntese, inspector Tolsau, le estábamos esperando —se escuchó la voz del prefecto Pierre Dubois desde detrás de su gran mesa escritorio.

El despacho era espacioso, como se le supone al prefecto de París, confortable y atractivo pero moderno y funcional, con un gran mueble biblioteca de lado a lado en una de las paredes y amplios ventanales sobre el Sena que proporcionaban al recinto una agradable luminosidad natural.

Eric Tolsau tomó asiento en la única silla disponible que quedaba de las cuatro que había delante de la mesa del prefecto. Con una sonrisa —medio mueca— y una discreta oscilación de cabeza saludó, mientras se sentaba, a sus tres acompañantes. Dos de ellos eran bien conocidos; no en vano habían mantenido un buen montón de reuniones en pasadas ocasiones: Jules Renand, jefe del Departamento de Comunicación Institucional de la Prefectura y mano derecha de Dubois; y Marguerite Montaigne, su gran jefa más directa, la directora de la Dirección Central de la Policía Judicial (DCPJ): las brigadas del tigre. Del tercer acompañante no le sonaba ni su cara, pero alguna cosa tendría que ver con lo que allí se iba a cocinar; si no, ¿por qué invitarlo?, pensó Tolsau.

Una vez aposentados todos en sus respectivas sillas, el prefecto Dubois se levantó de su butaca y, andando hacia los ventanales con las manos entrelazadas detrás de la espalda, tomó la palabra para proceder a las casi innecesarias presentaciones mientras escudriñaba arriba y abajo a lo largo del Sena.

—Capitán Tolsau —utilizó su rango militar en la PJ, quizá para darle más solemnidad e importancia a la reunión—, supongo que no hace falta que le presente a su directora, así como tampoco a Jules, al cual ya conoce sobradamente de todos estos años de compartir edificio y tareas.

El prefecto hizo una pausa mientras volvía a escudriñar con atención alguna cosa indefinida de la margen izquierda, antes de continuar:

—Pero supongo que sí que hará falta que le presente al oficial Maurice Vernet, teniente de la Policía Judicial en la sede de la OCLCO³ en la ciudad de Nanterre —añadió mientras volvía a sentarse y se acomodaba en su butaca.

Eric Tolsau y Maurice Vernet hicieron además de levantarse de sus respectivas sillas mientras se estrechaban brevemente las manos.

—¡Señores! Les hemos reunido aquí —continuó el prefecto mirando de soslayo a su colega, la directora Montaigne—, como supongo ya habrán intuido, para hablar del maldito caso del fugitivo, asesino, cabrón e hijo de puta Joan F. Martin.

Pierre Dubois respiró hondo ante la descripción tan soez efectuada de Joan F. Martin —un ligero sonrojo le salpicó las mejillas— e, incorporándose ligeramente en su asiento, apoyó todo el cuerpo encima de sus brazos cruzados para mirar alternativamente a sus contertulios en actitud expectante. Nadie dijo nada, pues se intuía perfectamente que esa era una pausa retórica y que en breves segundos el prefecto continuaría con su disertación.

—Ayer por la tarde —volvió a inspirar y seguidamente espirar—, después de la desagradable y carroñera rueda de prensa, de la que todos ustedes deben de estar informados —hizo una breve pausa—, me llamó el secretario de Estado del Interior, Albert Marceau. Estuvimos casi diez minutos hablando por teléfono y me transmitió órdenes tajantes de la señora ministra para que solventáramos este asunto cuanto antes. Me conminó a que le diéramos máxima prioridad y a que obtuviéramos resultados tangibles..., pronto —subrayó sonoramente la palabra—. El asunto de este loco psicópata, debido a la repercusión que está teniendo

3 Office Central de Lutte contre le Crime Organisé (Oficina Central de Lucha contra el Crimen Organizado).

en los medios, se nos está yendo de las manos. Ayer lo pasé muy mal —rememoró con amargura el prefecto—. No obstante, y sin la más mínima intención de querer darles la razón, debo reconocer, aquí y entre nosotros —matizó—, que en el fondo gran parte de ella tienen. No puede ser que un solo hombre haga bailar a toda la policía de este país, gendarmería incluida, al son que él toque. Todavía no me explico cómo pudo salvar todo el cordón policial de París, y mucho menos el de toda Francia, sin que ninguno de nuestros agentes lo hubiera olido siquiera. ¡Es incomprensible! —alzó la voz el prefecto—, por no decir otra cosa. Ha hecho más daño este loco en pocos días a la seguridad francesa, que todas las novelas de Arsène Lupin y Fantômas juntas —bramó de forma contenida Pierre Dubois para seguidamente excusarse—. Perdón, señores, pero es que la situación me altera —volvió a disculparse—. Y, para acabar de rematar la mamarrachada, al oportunista jefe de la oposición no se le ocurre otra cosa que pedir la dimisión de la señora ministra, Monique Aleson-Margot, ayer mismo, en las noticias de la noche —la directora Montaigne y Jules Renand asintieron afirmativamente con la cabeza, mientras que los dos inspectores continuaron impávidos y atentos a las palabras del prefecto.

Pierre Dubois volvió a levantarse de la butaca y se dirigió otra vez hacia los ventanales. Allí se quedó durante unos segundos, callado y vuelto de espaldas hacia sus invitados; sin volverse, se dirigió a Eric Tolsau:

—Aquí es donde entra usted, inspector Tolsau.

Dubois giró sobre sí mismo y se quedó apoyado en el alféizar de la ventana con los brazos cruzados.

—Usted dirá, prefecto —respondió Tolsau solícito.

—Llevamos varios días dándole vueltas al asunto —al decir esto buscó con la mirada la avenencia de la directora de la PJ, la cual encontró— y hemos llegado a la conclusión de que usted es la persona más indicada para llevar este caso. Además de su extenso y exitoso *curriculum* en casos como este, o parecidos a este, el hecho de que ya haya mantenido contacto personal y profesional con el prófugo hace de usted la persona que mejor lo conoce; por lo que ya no partimos de cero. Según me han contado y hemos podido leer en los informes —continuó mientras abría el cajón y sacaba una carpeta—, conoce usted personalmente

a varios de los implicados en el caso del Père Lachaise, y con uno de ellos en particular le une una antigua amistad. ¿No es cierto, inspector Tolsau?

—Así es, prefecto —corroboró el inspector—. Se trata de uno de los intentos frustrados de Joan F. Martin: el doctor Luc Petit, investigador molecular del INRA de Jouy-en-Josas. El doctor Petit, junto con los dos investigadores españoles que seguían los pasos del también doctor Martin desde Barcelona, contactó conmigo para que le asesorara y le ayudara en esta cuestión. Cuestión, por otra parte, difícil de creer en sus inicios —sonrió levemente al recordarla—, pues parecían las imaginaciones novelescas de tres neuróticos científicos iluminados. Pero al final resultó que era verdad —asintió Eric con una mueca—. Conozco a Petit desde hace muchos años y, aunque a veces durante largos períodos casi no nos vemos, lo considero un viejo amigo.

—Por eso mismo le consideramos la persona idónea para este caso —terció en la conversación la directora Montaigne—. Sus contactos personales con gente relacionada con el macabro doctor Martin pueden sernos de gran ayuda. Además del mayor interés personal que a buen seguro tendrá usted en todo este *affaire*. ¿No es así, inspector?

La directora Montaigne esbozó una ligera y condescendiente sonrisa al revelar y proclamar esa última afirmación —no en vano en mente de todos—, pues era muy consciente de la importancia que tenía para cualquier oficial de la PJ ser ratificado en el caso que uno había iniciado, por más grande y mediático que se hubiera vuelto.

—Efectivamente, señora directora —asintió Eric Tolsau con un deje agradecido de satisfacción.

Después volvió a intervenir el prefecto para ratificar lo dicho por Montaigne y nominar al capitán de la Policía Judicial de la Prefectura de París, inspector Eric Tolsau, como responsable único y directo de la investigación que se abría en el caso del prófugo Joan F. Martin. Caso que a partir de ese momento pasaría a denominarse Paris Plages, pues esa pista —las playas de París— fue la que los condujo hasta Joan F. Martin en Francia, y así constaría en el expediente que se iba a incoar. Esa misma mañana, minutos antes de que llegara Eric Tolsau a la reunión, el prefecto había contactado con su comisario jefe para que lo relevara de cualquier misión que pudiera estar llevando a cabo el inspector en ese

momento. Quería a Tolsau a dedicación única en la caza y captura de Joan F. Martin.

El inspector Tolsau agradeció de forma comedida a sus superiores la confianza depositada en él, aunque dejó entrever tan solo un pequeño problema.

—Aunque supongo que ya lo habrán pensado —empezó dubitativo—, porque así debe constar en mi *curriculum* profesional —levantó las cejas en dirección al dossier que tenía el prefecto sobre la mesa—, y aunque llevo ya un montón de años de servicio en el cuerpo de la Policía Nacional, me veo en la obligación de recordarles que toda mi actividad policial se ha desarrollado en el ámbito geográfico nacional. Por el motivo que sea, nunca he tenido que resolver un caso fuera de Francia. Cabe la remota posibilidad de que Joan F. Martin continúe en territorio francés, pero lo más probable es que a estas alturas esté ya a más de diez mil kilómetros de distancia. No sé si eso puede llegar a ser o no un problema —enarcó sutilmente las cejas con expresión interrogativa.

Ahora fue la directora Montaigne quien se adelantó al prefecto para contestar al inspector. La reacción por parte de ella fue tan rápida y espontánea que era como si hubiera estado esperando la pregunta y esta tardara demasiado en producirse.

—¡Obviamente que habíamos pensado en ello! —observó de forma tajante pero con una gran y complaciente sonrisa—. Sin embargo, no creo que eso sea un impedimento para que acepte el caso, ¿verdad?

—No, claro que no —se revolvió ligeramente inquieto en su silla—. Por supuesto que no. Pero mi deber era comunicárselo... recordárselo —rectificó en el acto.

—Su excelente hoja de servicios y sus contactos en el caso nos reafirmaron en nuestra elección —la directora volvió a mirar al prefecto—. Habla usted perfectamente tres idiomas: francés, castellano y catalán, influencia materna supongo, y con conocimientos elementales de inglés e italiano. Además, este puede ser su último gran caso, ¿no es así? —interrogó de forma retórica Montaigne—. ¿Cuántos años tiene, Tolsau? ¿Sesenta y dos?, ¿sesenta y tres?...

—Sesenta y dos —respondió este—. Nací en el cuarenta y seis.

—Edad de jubilación —apostilló Montaigne—. Pero esperemos que no la coja antes de poder ver a ese psicópata entre rejas, aquí o en Per-

nambuco —y lo acompañó con un chasqueo de dedos—. Pero sí, sí que habíamos pensado en ello. Y por eso mismo está presente aquí, en esta reunión, el teniente Vernet —dijo al tiempo que lo señalaba con un movimiento de cabeza.

Marguerite Montaigne cruzó las piernas y se alisó pudorosamente la falda, que en el movimiento anterior se le había subido, involuntaria e indecorosamente, un buen trecho por encima de la rodilla, y retrepándose ligeramente en la silla pasó a realizar una breve reseña biográfica de quien había de ser, a partir de ese momento, el inseparable compañero del inspector Tolsau en la búsqueda y captura del escurridizo y volátil asesino.

Maurice Vernet había nacido en París y a sus treinta años recién cumplidos era teniente, altamente cualificado, de la Policía Judicial. Ingeniero físico de formación y experto en informática, entró posteriormente a realizar sus estudios policiales en la Escuela Nacional Superior de Oficiales de Policía⁴ en Cannes-Écluse. En el año 2006 —hará ahora un par de años—, con la disolución de la antigua oficina para la represión del bandidaje⁵ y la creación de la nueva OCLCO, con sede en Nanterre, el joven teniente Vernet fue reclutado para ingresar en el cuerpo de élite de la BNRE,⁶ la brigada nacional de búsqueda de fugitivos del nuevo organismo recién creado. El segundo lugar alcanzado de su promoción, el dominio perfecto o casi de las cinco lenguas económicamente más importantes —entre ellas, chino y japonés— y sus notables aptitudes físicas a buen seguro que también contribuyeron a ello.

—En definitiva —concluyó la directora Montaigne—, un buen elemento que intentará hacerle la vida más fácil durante la caza que ahora empieza, inspector Tolsau. Además, en todo momento tendréis —dijo tuteando— el soporte operativo de las diferentes oficinas centrales y de la DRI,⁷ a través de la SCCOPOL,⁸ para todo lo que necesitéis fuera de Francia.

4 École Nationale Supérieure des Officiers de Police (ENSOP).

5 Office Central de Répression du Banditisme (OCRB).

6 Brigade Nationale de Recherche des Fugitifs (Brigada Nacional de Búsqueda de Fugitivos).

7 Division des Relations Internationales (División de Relaciones Internacionales).

8 Section Centrale de Coopération Opérationnelle de Police (Sección Central de Cooperación Operativa de Policía). Agrupa las plataformas de Interpol, Schengen y Europol.

—¡Bufff! —resopló sin miramientos Tolsau—. Es apabullante... y encima guapo —bromeó fina y sutilmente.

Todos menos Vernet sonrieron ante la espontánea y sonora manifestación del viejo inspector. Rápidamente, Montaigne salió al quite:

—Sin embargo, le falta aún bastante de lo que a usted le sobra: experiencia, narices y sentido común.

Con la misma rapidez de reflejos, Montaigne se dirigió ahora a Vernet:

—Tan solo porque es mayor que tú —le tuteó maternalista—. Creo firmemente que conformáis la pareja perfecta; como Matthau y Lemmon en *La extraña pareja*.

Montaigne no pudo reprimir ahora una carcajada contenida ante su propia ocurrencia. Rápidamente se disculpó. Pierre Dubois también se sonrió y, ante el cariz de distensión que estaba tomando la reunión, intervino:

—Creo que con esto ya está todo dicho —dijo levantándose—. Inspectores Tolsau y Vernet —el prefecto juntó sus manos a la altura del pecho y las sacudió—, les deseo fervorosamente que tengan éxito en esta misión y que volvamos a vernos muy pronto, aquí mismo, con buenas noticias. Y ahora, si me lo permiten, ¿cómo quieren el café? —preguntó a los presentes mientras se dirigía con paso raudo hacia el mueble bar donde se vislumbraba una moderna cafetera eléctrica.

Pocos días después de la reunión mantenida en las dependencias de la Prefectura, concretamente el lunes 28 de julio, debido a las fuertes presiones políticas del principal partido de la oposición y de algunos medios de comunicación afines a él, y para salvaguardar la cabeza de la ministra, la directora de la PJ, Marguerite Montaigne, dimitía de sus funciones como máxima responsable de la Dirección Central de la Policía Judicial.

Aquella fue una noche interminable.

Los pensamientos, reconvertidos en pesadillas, se agolparon en la mente del inspector Tolsau como nunca en su vida profesional lo habían hecho. Inquieto y cansado de tanto revolverse en la cama, se levantó empapado en sudor y se dirigió al baño. Todavía no había amanecido sobre París.

Después de darse una ducha rápida, fresca y relajante, y vestirse con la misma ropa del día anterior, fue a la cocina y tomó un gran sorbo de leche del mismo tetrabrik. Del armario sacó un donut envasado, al que le pegó un gran mordisco mientras se colocaba la chaqueta. En el bolsillo introdujo su inseparable bloc de notas y, después de coger las llaves del coche, cerró presuroso la puerta del apartamento con un no deseado portazo.

Entre toses y carraspeos encendió su primer cigarrillo del día —sus Gauloises de siempre— cuando empezaba a clarear en las calles de París. A dos manzanas de su apartamento asomó el coche aparcado la noche anterior —tuvo suerte—, e introduciéndose en él puso rumbo al muelle de los Orfebres, donde Joan F. Martin había intentado asesinar, pocos días atrás, a su amigo el doctor Luc Petit.

Tenía que pensar.

Eric Tolsau, capitán de la PJ, había nacido en el año 1946 en Montpellier y toda su vida profesional había discurrido en la Policía Nacional. Aunque pasaba de los sesenta todavía se mantenía en una aceptable buena forma, probablemente debido a su trabajo, que así se lo exigía, y a las sesiones de reciclaje físico que de forma regular se programaban en el departamento.

¡Lástima del tabaco!

Empezó a fumar tarde, a raíz de la muerte en accidente de coche de su mujer, hará ya casi treinta años, pero desde entonces no lo ha dejado, y su sempiterno paquete de Gauloises lo acompaña a todas partes. Más de un problema ha tenido en los últimos tiempos con su adictiva afición y la cada vez más extendida e irracional prohibición de fumar. Pero en fin, los tiempos cambian, y a ellos se tendrá que amoldar si quiere sobrevivir en esta jungla de desmesurada intransigencia.

De raíces maternas españolas, pues su madre era originaria de un pueblecito del Pirineo catalán llamado Estèrri d'Àneu, y padre francés, de la localidad de Tarbes, nació por casualidad en la ciudad de Montpellier, donde su padre, militar de profesión, estuvo destinado por aquella época.

Sus padres se conocieron en épocas difíciles, pero su encuentro y noviazgo también fue de lo más romántico.

Montserrat Sabarich —tal era el nombre de soltera de su madre—, llegó a Francia en abril del 38 huyendo del avance franquista, que en marzo de ese año había roto el llamado Frente de Aragón y cuyas columnas iban conquistando, día sí día también, todas las ciudades y pueblos en dirección al Pirineo catalán. El pueblo de Esterri d'Àneu, donde el padre de Montserrat ejercía de alcalde —elegido democráticamente durante el gobierno republicano—, cayó el 14 de abril. Por ello, y en previsión de lo que irremediabilmente iba a acontecer, decidieron, conjuntamente con otros vecinos de los valles de Àneu, exiliarse a Francia la noche del domingo 3 de abril.

A través del nevado puerto de Salau llegaron, no sin esfuerzo, a la pequeña localidad de Seix, en el departamento francés de Ariège. Después de ser identificados y vacunados, su próximo destino fue la estación ferroviaria de Saint-Girons.

A Montserrat, con sus diecisiete años, se le agotaron las lágrimas de por vida en el andén de esa estación, cuando vio a los gendarmes franceses separar a los hombres de sus familias y repatriarlos hacia España a través de Cerbère. Solamente las mujeres, los viejos y los niños pudieron continuar. Nunca más en la vida volvió a ver a su padre y a su hermano mayor. Ella, su madre y su hermano menor, Andreu, continuaron el trayecto hasta el punto final de su destino: el centro de internamiento de refugiados españoles en Clermont-Ferrand, instalado desde el año anterior en el antiguo cuartel Gribeauval, en la avenida Carnot.

Sin embargo, Montserrat Sabarich, que estuvo en ese centro poco más de dos años, habría de conocer ahí al gran amor de su vida: el joven y apuesto oficial, teniente del Ejército de Tierra francés, Auguste Tolsau.

Auguste Tolsau había nacido el año 1915 en la ciudad de Tarbes, cerca de Lourdes. Era hijo único de un perspicaz y próspero industrial que hizo fortuna a principios de siglo a la sombra del Taller de Construcción de Artillería de Tarbes, conocido como el Arsenal, a través de una pequeña empresa subsidiaria del ejército.

De vocación algo tardía, el joven Auguste proporcionó una inmensa alegría a su padre el día que le comunicó que quería estudiar la carrera militar. Tarbes siempre había sido una ciudad con un marcado

carácter militar y había dado a Francia uno de sus hijos predilectos, el mariscal Foch, el héroe nacional de la Gran Guerra, por la que fue distinguido como mariscal de Francia. Por ello, no cabía en sí de gozo al pensar que un hijo suyo pudiera llegar a emular las hazañas de Ferdinand Foch, y por su estrecha relación empresarial con numerosos mandos militares supo mover los hilos necesarios para que su hijo ingresara, aquel mismo año de 1937, en la Escuela Especial Militar de Saint-Cyr, cerca de París.

El día 5 de septiembre de 1939 Francia declaró la guerra a Alemania, y todos los alumnos de segundo año del Saint-Cyr se fueron integrando en los ejércitos franceses. El joven y novel teniente Auguste Tolsau fue destinado al 92º Regimiento de Infantería de Clermont-Ferrand, en el cuartel de Assas. Y allí fue donde conoció a la jovencísima y bella Montserrat Sabarich, que pocos meses después habría de convertirse en su amada esposa.

Faltaban pocos días para Navidad y el teniente de infantería Auguste Tolsau, conjuntamente con otros dos oficiales del regimiento, se había desplazado al hospital de la ciudad, el Hôtel-Dieu, para visitar a algunos soldados enfermos, procurar insuflarles ánimos y felicitarles las pascuas. En una de esas visitas preguntó a la enfermera por esa joven que estaba en cama cerca de uno de sus soldados. La enfermera, solícita, le informó que se trataba de una de las refugiadas españolas del cuartel Gribeauval, y que llevaba varios días ingresada en el hospital por una fuerte anemia. El teniente Tolsau se acercó a ella y entabló rápidamente conversación; conversaciones que fueron manteniendo durante los innumerables paseos que se sucedieron en los próximos meses.

Auguste Tolsau se había enamorado perdidamente de la joven Montserrat Sabarich.

Los incesantes rumores de que muy pronto su regimiento iba a entrar en guerra aceleraron el deseo compartido de ambos de contraer matrimonio lo antes posible. A finales de abril se casaron por lo civil en el ayuntamiento de Clermont, con lo que la refugiada Montserrat Sabarich pasó automáticamente a adquirir la nacionalidad francesa.

Montserrat, con una única maleta atada con cuerdas y una carta bajo el brazo, escrita y firmada por su reciente marido, se despedía llorando de su amado en el andén de la estación de Clermont-Ferrand cuando el

silbato del jefe de estación dio la orden de partida al tren que la habría de llevar a Tarbes.

A principios de mayo, Auguste Tolsau partía, asimismo, con el 92º RI hacia el frente belga.

La noche del 31 de mayo, en la playa de Dunkerque, el corazón se le partió en mil pedazos cuando en la llamada operación Dinamo tuvo que asistir, con la total impotencia de mero espectador, al hundimiento del patrullero *Siroco*, donde perdieron la vida un gran número de sus compañeros de regimiento en su intento desesperado de evacuación hacia el Reino Unido. Los restos del 92º RI se replegaron hacia Lille, pero quedaron cercados por los alemanes en los suburbios de la ciudad y resistieron heroicamente durante cuatro días hasta que se les terminó la munición. Auguste Tolsau, quizá dándosele por muerto, pudo salvar la vida y, aunque maltrecho y malherido, en pocos días consiguió contactar con la resistencia. A partir de ese momento y hasta el final de la guerra, siguió combatiendo junto al ejército de la Francia libre del joven general De Gaulle. Por su heroicidad en la defensa de Lille fue ascendido al grado de capitán y se le concedió la medalla al valor. Finalizada la guerra regresó a Tarbes, a casa de sus padres, a buscar a Montserrat.

Después de unas largas y reparadoras semanas de descanso, ambos partieron hacia su nuevo destino en la ciudad de Montpellier, adonde había sido destinado para integrarse como oficial en el 81º Regimiento de Infantería de dicha ciudad. Y allí nació, a finales de 1946, su primer hijo, al que pusieron por nombre Eric. Seis años más tarde nacería Émile.

Eric y Émile vivieron una infancia feliz. Durante la década de los cincuenta, numerosas fueron las ocasiones en que visitaron el Pallars, la tierra de su madre. Adoraban a su tío materno, Andreu, que les enseñó a pescar con caña en los ríos de la comarca y les explicaba emocionantes historias de las guerras vividas, tanto la civil española como la mundial, y de sus años en Clermont-Ferrand con su madre y abuela como refugiados. Eric Tolsau, quizá por añoranza, quizá porque su tío llegó a inculcarle tan profundamente la afición, habría de regresar muchísimas otras veces, en los años venideros, a pescar truchas en el Noguera Palla-

resa, entre Llavorsí y la Guingueta d'Àneu, el mejor trecho según palabras de su idolatrado tío.

Posiblemente, esa fue la única afición que mantuvo Eric después de la trágica muerte de Madeleine, su amada y breve mujer. El absurdo accidente de coche que provocó su temprana muerte, a la corta edad de veintiocho años, sumió a Eric durante largo tiempo en una profunda depresión que le llevó a volcarse únicamente en su trabajo, olvidándose por completo de la existencia de vida exterior.

Su matrimonio solo duró cinco años y, aunque nunca tuvieron hijos, fueron los más felices y dichosos de su vida. Pero todo se frustró aquel fatídico sábado de estío del año 1978. Nunca más volvió a casarse, ni a mantener una relación mínimamente estable con ninguna otra mujer. El tiempo todo lo cura, pero la muerte de Madeleine afectó de forma tan perenne su estado de ánimo que le cambió el carácter y le dejó en herencia un permanente retraimiento y hosquedad en su modo de ser que propiciaron que sus compañeros de la Prefectura dijeran de él que era un bicho raro, un lobo estepario, según su superior y amigo, el comisario Deschamps. Pero era, si no el mejor, de los mejores en su oficio; y el respeto, admiración y prestigio de que gozaba eran de dominio público en toda la Policía Judicial.

A Émile, que tan unidos estuvieron en su infancia y adolescencia, actualmente lo ve poco, muy poco; dos veces en los últimos veinte años, y porque él y su familia fueron de visita a Francia en las dos ocasiones. Se marchó de casa, de Montpellier, con veintidós años, a la aventura, y se enroló en un barco mercante con rumbo a Australia. Y allí se quedó. Para siempre. Se casó con una rolliza jovencita de padres ovejeros y con su esfuerzo y tesón ayudó a agrandar el negocio, que dirige ahora con la ayuda de sus dos hijos: sus sobrinos.

Pero Eric y Émile tenían otro tío, aunque este no era consanguíneo. Si a Andreu lo adoraban, a este lo idolatraban. El *oncle* Georges era militar como su padre. Un gran amigo de este y de toda la familia, desde siempre.

Georges Godard, francés *pied-noir* de Argelia, y Auguste Tolsau habían entablado una íntima y profunda amistad en sus tiempos de la Escuela Militar, en Saint-Cyr, donde habían coincidido como alumnos

de la 124ª promoción, la del Marne y Verdun, durante el período de 1937 a 1939. Aunque Georges era cuatro años más joven que Auguste cuando ambos entraron en Saint-Cyr, eso no impidió que se hicieran inseparables ya desde los primeros días. La amistad que surgió entre los dos perduró para siempre, pero también fue la causa de que el joven Eric se distanciara, progresiva y definitivamente, de su padre.

Georges Godard pertenecía a una familia de *pieds-noirs* de toda la vida. Sus abuelos paternos, procedentes de Alsacia, llegaron como colonos a Argelia en el año 1871, después del desastre de la guerra franco-prusiana y de la anexión de Alsacia y Lorena a la nueva Alemania que se creaba. En poco tiempo, y gracias a las ayudas y expropiaciones del Gobierno francés para repoblar Argelia con gente de la metrópolis, se hicieron con una pequeña extensión de tierras de cultivo en el valle del Chelif, que con el paso de los años agrandaron considerablemente. La producción de vino y cítricos hizo de la familia Godard una de las más pudientes y acomodadas de la zona.

Su primer destino después de Saint-Cyr también fue el 92º RI de Clermont-Ferrand, junto a Auguste, y allí empezó a ganarse el afecto incondicional de Montserrat. No en vano fue uno de los testigos de matrimonio en su romántica y apresurada boda. En los años venideros, el *oncle* Georges habría de visitarlos en numerosas ocasiones en su nueva residencia de Montpellier, y rápidamente se ganó el cariño primero de Eric y más tarde de Émile.

Ambos, pero sobre todo Eric por ser el mayor, esperaban con verdaderas ansias cualquier nueva acerca de la próxima visita de su tío. Este, cuando llegaba, era el rey mago de oriente, pues siempre les traía exóticos regalos de Argelia y les narraba románticas y apasionantes aventuras, inventadas o no, de los tuaregs del desierto.

Aquel verano de 1959, cuando Eric cumplió trece años, visitaron, en unas largas vacaciones por espacio de tres semanas, la casa y la explotación agrícola de la familia del *oncle* Georges, en el valle del bajo Chelif, a media hora en coche de la ciudad de Chlef. Hasta se adentraron en el desierto, durmieron en jaimas y montaron en camellos. Fueron las mejores vacaciones de Eric en muchísimos años.

Después de un tiempo en Indochina y tras su regreso a Francia en 1956, el ya comandante Georges Godard solicitó ser destinado a la 10ª

División Paracaidista de Jacques Massu, de reciente creación, que cumplía misión en Argel. De este modo volvía a casa y podría estar así más cerca de su familia. Pero, por otra parte, ayudaría personalmente a meter en vereda a esos miserables terroristas del Frente de Liberación Nacional (FLN). Pero, ¿qué se creían esos andrajosos?, ¿que los podían echar de Argelia, de su casa, cuando ellos quisieran? ¡Ingenuos! ¿Cómo se atrevían siquiera a pensar que el Gobierno de la IV República se lo iba a permitir? ¡Ignorantes! Su familia llevaba viviendo en esas tierras hacía casi cien años; sus padres nacieron aquí, sus tíos, sus hermanos, y esperaba que sus hijos pudieran hacerlo también algún día, reflexionaba con ira contenida Georges Godard desde que en 1954 empezaron ya los primeros conatos de insurrección. Ahora se le presentaba la ocasión para hacer algo por su país, la Argelia francesa, y no iba a desaprovechar la oportunidad de demostrarlo.

El cretino de Charles de Gaulle les había fallado, engañado, y eso que, gracias a ellos, pudo instaurar la V República y ser su presidente. ¡Pero no! El muy cerdo los había traicionado. ¿Y qué se hace con los cerdos? Pues eso mismo..., matarlos. Les prometió que Argelia siempre sería francesa: «*Vive l'Algérie française!*», gritó en Mostaganem en junio del 58, y en enero del 61 ya estaba preguntando a los franceses por su autodeterminación. ¡Miserable! Por eso, cuando un grupo de compañeros suyos con mucho tiento se lo propusieron, no dudó ni un instante en aceptar. Por otra parte, lo estaba esperando. Así fue como, en aquel mes de mayo de 1961, el comandante Godard como militar de carrera pasó a formar parte del Comité Superior —y de forma puntual participó en los llamados comandos Delta— de la patriótica asociación que, pocos meses atrás, había ayudado a crear, entre otros, el general Raoul Salan: la OAS.⁹

Entre los rebeldes nacionalistas del FLN y los terroristas de la OAS —militares y *pieds-noirs* principalmente—, Argelia se había convertido en un polvorín. El intento de golpe de estado o *putsch* de los generales para derrocar a De Gaulle, en abril de 1961, fue la gota que colmó el vaso. El teniente coronel Auguste Tolsau fue destinado ese año y parte del siguiente, 1962, a Argel con su 81º RI de Montpellier. Asimismo, se

9 Organisation de l'Armée Secrète (Organización del Ejército Secreto).

creó una sección específica anti-OAS, la División de Misiones y Búsquedas, del general Charles Feuvrier, jefe de la Seguridad Militar. Estas fuerzas oficiales, con sus limitaciones legales y políticas, contaron para sus propósitos con la inestimable ayuda de una policía paralela: los célebres y sanguinarios *barbouzes*: los trescientos agentes reclutados entre la escoria mundial para realizar el trabajo sucio de la lucha antiterrorista. Cualquier cosa para terminar con la rebelión.

Poco después de regresar su padre de Argelia empezaron las desavenencias paternofiliales. Eric Tolsau, con apenas dieciséis años, tenía ya formada su propia e incipiente opinión política acerca de todo lo que estaba aconteciendo en Francia por esos tiempos. La época colonial se estaba terminando, era una reliquia del pasado, del tiempo de los dinosaurios. Una Francia moderna, igualitaria, libre y próspera no podía continuar bajo el manto de la hipocresía en ese tema. Todos los pueblos eran libres y debían gozar de esa libertad para decidir soberanamente su destino. Argelia entre ellos. Y así se manifestó el pueblo francés —Francia y Argelia—, unánimemente, el 1 de julio de 1962 en el referéndum de autodeterminación, con un 99,7 % de votos favorables. Que unos pocos quisieran imponer su voluntad le sacaba de quicio, y que para conseguirlo utilizaran la muerte indiscriminada y quisieran atentar contra su presidente, la cabeza visible de Francia, todavía más. Le exasperaba.

Montserrat intentaba —aunque muchas veces sin lograrlo— aportar calma y juicio a las crispadas sobremesas sobre la situación de Argelia y la ola de atentados que sufría la metrópolis. Lógicamente, Auguste no defendía abiertamente a la OAS, ni muchísimo menos sus métodos, pero tampoco los condenaba. Como mucho, sus reprobaciones siempre eran afirmaciones u opiniones ambiguas que en el fondo no querían decir nada. Eso era lo que el joven Eric no entendía. ¿Cómo podía su padre pensar de ese modo? Por la manera de comportarse y de expresarse ante su hijo, Auguste Tolsau parecía compartir sus pretensiones o, como mínimo, siempre intentaba aportar la suficiente cantidad de argumentos para, más o menos, justificarlos. Pero cuando más tensa se volvía la situación era cuando salía a relucir en la conversación el nombre de Georges Godard. Ambos se enzarzaban en discusiones sobre la postura que creían que mantendría sobre este asunto al ser él mismo un *pié-noir*. Generalmente, Montserrat se alineaba con las tesis de Eric pero

procurando no herir los sentimientos ni la autoridad de Auguste. Argumentaba a su hijo que todo en la vida no siempre es blanco o negro, sino que hay matices y que muchas veces mandan las circunstancias, y que deberíamos intentar conocerlas y tenerlas en cuenta para poder hacernos una composición y una mejor valoración global. Sin embargo, y a pesar de los intentos pacificadores de Montserrat, solían levantarse mutuamente la voz y las reuniones familiares acostumbraban a terminar bruscamente con un: «¡Basta! No quiero hablar más», de su padre.

La tensa y frágil cuerda de la maltrecha relación paternofamiliar acabó por romperse en febrero del 63. Se enteraron al día siguiente por los periódicos y sufrieron todos ellos una gran conmoción. El *oncle* Georges, su tío Georges, el amigo de la familia, el comandante Georges Godard, había sido arrestado y había ingresado en la prisión parisina de La Santé, acusado de intento de asesinato del general Charles de Gaulle.

Un comando de la OAS, liderado por el *pied-noir* Georges Watin, alias el Cojo, tenía previsto atentar contra el presidente el día 15 de febrero, en su visita anual a la Escuela Militar de París, en los Campos de Marte. La noche anterior al frustrado magnicidio, y por una filtración recibida en la Seguridad Militar, todo el comando fue apresado con la excepción del Cojo, que, como otras tantas veces, logró esfumarse primero a Bélgica para pasar más tarde a Suiza.

El joven Tolsau creyó atar cabos con esa detención. El año de destino de su padre en Argelia y la defensa a ultranza que siempre hacía del *oncle* Georges lo abocaron definitivamente a la interna e íntima conclusión de que su padre muy bien podría ser, si no integrante de la OAS —nunca se lo preguntó directamente y siempre le quedó la duda—, partidario o por lo menos entusiasta simpatizante de dicha organización. Fuera como fuese, eso no era lo que habría esperado Eric de él. A partir de ese momento su padre se desplomó definitivamente del pedestal en que siempre lo había tenido en su niñez, y por ende su amado *oncle* Georges, al cual ya no volvió a ver nunca más en la vida. Toda su feliz infancia se había venido abajo y se propuso borrar completamente de sus recuerdos al tan idealizado *oncle* Georges. Aquel día Eric lloró mucho mientras Émile lo contemplaba en silencio sin saber demasiado bien lo que pasaba.

Eric Tolsau se matriculó ese año en la Facultad de Derecho de Montpellier para estudiar leyes, y unos años después consiguió entrar en la

Escuela Nacional de Policía en Cannes-Écluse, al sudeste de París. Siempre se preguntó si los hechos ocurridos en Francia durante aquellos años de terror y el derrumbe de sus idílicas e infantiles relaciones familiares habrían influido en él para consagrar su vida a la policía de su país. Posiblemente, pensó.

Durante su estancia en Cannes-Écluse se enteró por la prensa y la televisión de la amnistía decretada por el presidente De Gaulle, en junio del 68, a todos los exmiembros de la OAS. De forma sorprendente y sospechosa, pocos días después de la importante revuelta de Mayo del 68 y de su entrevista, en Baden-Baden, con el general Jacques Massu, los presos fueron liberados y los exiliados, repatriados. Entre ellos, Raoul Salan, Georges Watin y, cómo no, Georges Godard.

La familia Godard había sido repatriada a Francia en el masivo exilio de agosto del 62, pocas semanas después de que Argelia lograra la independencia —5 de julio de 1962. Después de una estancia temporal en un campo de refugiados se instalaron definitivamente en el sudeste de Francia, en el Rosellón, en el pequeño pueblecito de Cotliure, cerca de la frontera con España, según los comentarios que oyó por casa durante esos días. Eric Tolsau suponía que su *oncle* Georges también se habría instalado allí. No lo sabía a ciencia cierta, ni tampoco lo preguntó, pero no le importaba. Para él, su *oncle* Georges había dejado de existir.

Eric Tolsau volvió a meter su bloc de notas en el bolsillo y se levantó del banco en que estaba sentado al lado del Sena. Inspiró profundamente y se masajeó las sienes para alejar ese incipiente dolor de cabeza que parecía querer hacer acto de presencia. De forma pausada empezó a andar en dirección al río mientras sacaba el móvil del bolsillo del pantalón y marcaba un número.

—*Oui... Allo?* Inspector Maurice Vernet al habla.

—Hola, Maurice. Soy yo —respondió Tolsau—. Nos vemos dentro de media hora en mi despacho de la Prefectura. Tenemos mucho de qué hablar.